



## REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

15 de Febrero de 1872.

Núm. 17.

### ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

—Pues oid. En el Buen-Retiro nos prometimos reunirnos para arreglar un asunto de familia. Consiento en que mi sobrina sea la esposa de vuestro hijo.

—Y yo os prometo solemnemente, que compartiré con vos la gobernacion del reino. ¿Es eso lo que quereis?

—Sí.

—Y vuestro sobrino será nombrado virey de Indias como álguien ha pretendido.

—Conforme.

—Y se os conferirá en propiedad el cargo de canciller de Castilla que hoy disfrutais interinamente.

—Aceptado.

—Y no se os ordenará rindais cuentas de la percepcion general de diezmos en la parte considerada como regalía de la corona.

—Me parece bien.

—Pero mi hijo dirigido siempre por vuestra esperiencia y talento será mi sucesor.

—Nada tengo que oponer.

—Entonces señor cardenal no tenemos que añadir mas.

—Soy de vuestra opinion.

—Dejaremos que nuestros jóvenes enamorados hagan lo que resta. Si les concedemos

ámplia libertad no dudo que ellos mismos nos pidan pronto la solucion.

—Cuando ellos la pidan me encontrarán dispuesto á complacerles.

—Vaya, señor cardenal, hemos terminado nuestra conferencia.

—Réstame pedir os una cosa, D. Luis. ¿Seréis tan amable que dispondreis se den los nombramientos que dice esta nota á favor de las personas que en la misma se espresan, si no teneis compromiso anterior?

El cardenal le entregó un papel que sacó de bajo de su muceta.

—En tratándose de vos, no tengo compromiso que valga.

—Gracias, D. Luis. Soy vuestro amigo leal, y con Dios quedad que tengo que hacer en otra parte.

—El vaya con vos, señor cardenal, y no echeis en olvido de que favoreceis siempre esta casa cuando os dignais visitarla.

Y se levantó y acompañó al purpurado hasta la escalera. Cuando el cardenal entraba en la carroza de D. Luis, que tenia que llevarle á su palacio, se decia para sí:

—Al fin he logrado hacerme de un enemigo poderoso, un amigo que mirara por el bienestar de mi familia como por el de la suya propia.

Cuando D. Luis volvió á su despacho se decia:

—Pobre cardenal, ¡cuán infeliz es! Logre yo que mi hijo sea el esposo de la opulenta

doña Blanca de Sandoval, que yo veré el modo de cortarle las alas á la ambicion de tu sobrino y á la tuya tambien.

Y D. Luis sonreía con la satisfaccion del que está contento de sí mismo.

—Veamos por dónde anda mi hijo.

Y tocó una campanilla de oro que sobre su mesa de despacho se veía. Un paje acudió.

—¿Qué manda vuescelencia?

—¿Ha venido mi hijo?

—El señor marqués no ha vuelto aun.

—Pues que vayan de órden mia á buscarle. En el Buen-Retiro debe estar, quizá acompañando á D. Alvaro de Mendoza que está de servicio en la antecámara del rey.

El paje salió á comunicar las órdenes de su amo.

#### IV.

##### *La alianza de los malvados.*

El haber hecho mencion el cardenal Sandoval de ciertas relaciones entre el marqués de Lichen y doña Inés de Olmado, nos obliga á retroceder en nuestra narracion.

Doña Inés de Olmado era una de las damas de Mariana de Austria. Joven, bella, viuda y considerada, era doña Inés uno de los mas brillantes astros de la corte de Felipe IV. El marqués, apuesto y galan, espléndido y enamorado, riudió pronto homenaje á la joven viuda, de quien se decia habia desesperado con su indiferencia á mas de un caballero. Mas afortunado el primogénito del de Haro, alcanzó en poco tiempo el codiciado amor de la hermosa viuda. Tal conquista fué pública enseguida, y los maldicientes cortesanos envidiando al marqués, propalaban con comentarios un tanto libres, los amores del hijo del ministro con la hasta entonces insensible doña Inés, que no trató de ocultar sus relaciones amorosas. Pero de pronto, sin que llegara á traslucirse la causa, cesaron estas, y el marqués dejó de ser el obligado caballero de la viuda de D. Lope de Olmado, á la que hasta entonces habia consagrado su adoracion y sus mas apasionados obsequios. Este repentino é inesperado cambio, llamó la atencion de los cortesanos, que vivían, como han vivido siempre, ocupados en averiguar vidas ajenas y comentar cualesquiera novedad de las que frecuentemente ocurren en la vida palaciega. Quién tachaba al marqués de inconsecuente y veleidoso, quién calificaba á doña Inés de ambiciosa y coqueta; quién aseguraba que la viuda habia roto las relaciones con su

galan para atender á los obsequios de un caballero muy ilustre; habia tambien quien afirmaba que D. Luis de Haro, tomando cartas en los amores de su hijo, habia ordenado á éste que rompiera aquellas relaciones. La verdad era, que el marqués huía de doña Inés, y que en las reuniones y fiestas á que continuamente estaba entregada la corte del Buen-Retiro, aquel ofrecia todos sus obsequios y atenciones á la joven y bella doña Blanca de Sandoval, que era entre las meninas de la reina una verdadera perla en candor, hermosura y talento. Qué poderosos motivos habian ocasionado aquel cambio, no los podemos revelar aun, mas levantaremos una punta del velo que cubre este misterio.

Un dia, al tiempo que D. Luis de Haro descendia de su coche para entrar en palacio, una vieja de miserable y repugnante aspecto se acercó á él.

—Es vuesencia el exelentísimo señor duque del Carpio, le preguntó con áspera y cascada voz.

—El mismo soy, qué quereis buena mujer, contestó D. Luis echando mano al bolsillo de sus calzas, para darle la limosna que creia iba á pedirle.

—Que tenga vuesencia la dignacion de leer este papel.

Y le entregó uno amarillento y rugoso.

D. Luis era de los que atendian hasta el último y mas insignificante suceso, de los que se enteraba con minuciosidad para aprovechar toda ocasion que pudiera favorecerle. Tomó el papel y leyó su contenido, que era el siguiente:

«Exelentísimo señor duque: Enfermo de gravedad y próximo á comparecer quizá á la presencia de Dios, que á todos nos tiene que juzgar, acudo á la bondad de vuesencia solicitando me conceda la honra de visitar mi pobre morada, pues tengo que hacerle revelaciones de suma importancia, que interesan en mucho á la felicidad y porvenir del señor marqués de Lichen.—*Anselmo Gracian*, antiguo escudero de D. Lope de Olmedo.»

Quando D. Luis concluyó la lectura quedó un momento pensativo.

—Decid, buena anciana, es vuestro marido el que ha escrito y os ha dado para mí este papel?

—Sí señor, mi marido es, contestó la vieja, el que me ha entregado el papel para vuesencia, pero en cuanto á escribirlo no ha sido él, apesar de que hace quince años sabia hacerlo muy bien, si no, maese Gabriel Gavilan, el pasante de un escribano del crí-

men, de la chancillería real, que le sirve al pobre Anselmo, que está paralítico todo ese tiempo, de secretario ó amanuense, siempre que le necesita.

—Está bien. ¿Y dónde vive vuestro marido?

—Fuera de la puerta de Segovia, en una casa pintada de encarnado, cerca del Tejar de las Animas. No tiene pérdida, señor.

—Pues bien. Id y anunciad á vuestro marido que enseguida que termine los asuntos que tengo que despachar con el rey, iré á verle como desea.

La vieja saludó ceremoniosamente á don Luis, y partió. El ministro se entró en palacio.

Cuando hubo terminado el despacho, tomó de nuevo el coche y se hizo conducir al punto convenido, acompañado de uno de sus secretarios.

No costó á D. Luis gran trabajo el dar con la habitación del que deseaba verle. Era este un anciano casi octogenario, de agradable aspecto, que prevenía en su favor. Estaba afectado por una fiebre lenta que le iba matando.

Cuando recibió al ministro, un relámpago de alegría brilló en sus casi apagados ojos.

—Gracias, señor, le dijo, por haber concedido á este infeliz viejo el consuelo de hacer un bien.

—Deseabais hablarme y aquí me tenéis dispuesto á oiros.

—Es muy grave, señor, lo que tengo que revelar á vuesaencia.

—No importa, fia en mi palabra de caballero.

—Marcelina, salte fuera, dijo á su mujer, cierra la puerta, y que nadie venga á interrumpirnos.

La vieja obedeció y D. Luis y el paralítico quedaron solos.

Dos horas estuvieron encerrados. D. Luis al fin abrió la puerta, llamó á Marcelina y le ordenó hiciera venir á su secretario que estaba esperándole en el coche.

—Vadillo, le dijo cuando estuvo delante de él, corred á buscar al alcalde de casa y corte D. Pedro de Orozco, á cuya jurisdicción corresponde el lugar en que nos encontramos, y que venga enseguida con su escribano y alguaciles.

El secretario salió, y una hora mas tarde un alcalde de casa y corte con su escribano y corchetes invadía la morada del antiguo escudero, Anselmo Gracian. Prestó este sus declaraciones, que el escribano actuó fielmente, y enseguida dijo D. Luis.

—Señor D. Pedro, esto, como comprenderéis es un proceso criminal de carácter secreto por las circunstancias de las personas que concurren en él.

Ya sabéis vuestro deber. Por lo demás, que los trámites de la justicia sigan su curso sin entorpecimiento alguno.

—Pierda vuesaencia cuidado, contestó el alcalde, sé lo que debo hacer.

—Pues si han terminado las diligencias indagatorias podeis retiraros ya.

—Que Dios guardé á vuesaencia.

Y el alcalde con su comitiva se retiraron.

—Nunca podré pagaros el gran favor que me habeis hecho. Desde hoy contad con mi mas absoluta proteccion.

—Señor, bien la necesito, pues ya sabe vuesaencia cuán poderosa es la persona contra quien he declarado, porque mi conciencia me lo ordenaba así.

—Nada temas. Adios hasta otro dia. No vendré á verte con mucha frecuencia por no llamar la atencion, pero sí enviaré con frecuencia á saber de tí; si algo necesitas, pídelo sin reparo, que no quiero carezcas de nada. Tomá Marcelina, dijo, dándole un bolsillo lleno de oro, esto es para atender á las necesidades de tu marido y tuyas. Cada mes te dará mi mayordomo cien doblones con solo presentarle este mismo bolsillo que ahora contiene esa cantidad.

La vieja tomó el dinero llorando á lágrima viva.

D. Luis salió, llevaba en la mano una cajita de madera negra con cantoneras de cobre dorado y llave y cerraja de lo mismo.

Al dia siguiente al levantarse llamó á su hijo.

—Amas mucho á doña Inés, le preguntó.

—Sí, padre mio.

—Pues entérate del contenido de esta cajita, y si despues piensas aun en que sea tu esposa, olvídate que eres hijo mio.

Y le entregó la consabida cajita.

Qué efecto debió producir en el marqués, que estuvo dos dias encerrado en su aposento y sin querer ver á nadie. Gaston su escudero dijo á D. Luis:

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## LA ESPOSA DE FARFAN.

## TRADICION.

(Continuacion.)

Pasmado escuchó el Infante  
La voz dulce y vibradora  
Y las frases inspiradas  
De aquella mujer heroica.

Y dice:—«Pues vuestro lábio  
Prudente ofreció, señora,  
El perdon á los culpables,  
Mi corazon los perdona.

No ha de quedar sin cumplirse  
Promesa tan bondadosa,  
Ni burlada la heroína,  
Cuya grandeza me arroba.

Que si disculpa tuviesen  
Las manchas de la deshónra,  
Baldon no hubiera en el hombre  
Que tembló porque os adora.

Id pues, y á Farfan decidle  
Que el perdon que se le otorga  
A él y los suyos, lo debe  
Al teneros por esposa.

Y que ya que mi indulgencia  
Por vuestro respeto logra,  
Sea digno de vos, y borre  
Su baldon de mi memoria.»

Iba á contestar la dama,  
Cuando una voz fatigosa  
Una vez y otra seguida,  
Al noble príncipe nombra.

—¿Quién es? pregunta el Infante.  
Y en aquel momento asoma,  
Dando al aliento agitado  
Paso la entreabierta boca,

Un soldado, cuya frente  
De sudor destila gotas,  
Y que rápido en la tienda  
Se lanza sin ceremonia.

—Señor, dice, ya los moros  
En falange numerosa  
Aparecen, y en la sierra  
Su campamento colocan.

Desde la boca del Asna,  
Con una avanzada, exploran

Las situaciones que ocupan  
Nuestras aguerridas tropas.

Y el obispo de Palencia,  
El buen D. Sancho de Rojas,  
En la altura situado,

Que la *Rábita* se nombra,  
Contra esa avanzada envia,  
Aunque es en número corta,  
Una porcion de valientes  
Que miedo á los moros ponga.

Al escuchar estas frases,  
La faz de Leonor colora  
Sacro fuego, y sus pupilas  
Vívidos rayos a rojan.

—Señor, le dice al Infante,  
Si esa accion es peligrosa,  
Con Luis Farfan, permitidme  
Ir en busca de la gloria.

—Id, contesta D. Fernando,  
Vaya con vos la victoria,  
Y hágaos Dios afortunada  
Como discreta y hermosa.

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

(Se continuará.)

147

## EL BANDIDO.

La vida es una continuada série de deseos y pesares, una cadena dura, pesada, inevitable cuyos eslabones dejan en el alma crueles y sangrientas señales. Tres puntos resumen toda la vida del hombre: lo pasado, lo presente y el porvenir. El tiempo presente velocísimo en la carrera huye de nosotros sin que nada basté á detenerlo. El pasado, bien nos recuerde placeres ó pesares, es un tormento. El porvenir escita en nosotros deseos, temores, inquietudes y nos hace concebir proyectos que un triste desengaño viene despues á destruir. Nada queda al hombre mas que inquieto vacío en el alma, vacío que no ocupa ni la fortuna ni el amor, abismo insondable abierto por el Criador, y que solo su mano poderosa puede llenar. Eduardo Mendoza apenas habia salido del colegio con los primeros sueños de amor que forma el hombre al entrar en la juventud, habia creído encontrar el corazon de

una mujer que adivinase, que comprendiese el suyo. Sencillo y crédulo, su vista se había fijado en una mujer hermosa cuya alma apacible parecía tranquila como la superficie del mar en una noche de calma, pero engañadora como él. Verla y amarla frenéticamente fué obra de un mismo instante. Eran los primeros amores de Mendoza. Veinte años contaba apenas, y ya en su frente ancha y hermosa se veía la arruga que el dolor con su pesada mano había gravado. Luisa, el objeto de su pasión, había escuchado afile la declaración de su amor, lo había aumentado con lisonjeras esperanzas, al mismo tiempo que concertaba su enlace con un empleado superior de la corte del rey Carlos III. Luisa fué la mujer de un enviado á la corte de Portugal. ¡Maldición sobre las mujeres que sin piedad juegan con el amor del hombre y destrozan con placer su corazón, como destroza un niño un juguete después que le ha divertido un rato!

Gloria, felicidad, renombre, todo desapareció para Eduardo. Confiado en su amor, en sus fuerzas, ardiendo el corazón en el fuego sagrado del génio, quería no deber sino á sí solo el porvenir... Pobre jóven! El amor le había vendido.

Su alma abatida, en vano buscaba las inspiraciones del arte... Era pintor... rompió sus pinceles... ¡Cuántas veces estuvo á punto de terminar con su penosa y desgraciada existencia! La vista de los lugares testigos un tiempo de su amor, oprimía su corazón, fué, pues, á otros reinos á buscar alivio á su dolor. Diez años empleó en recorrer la Francia, la Holanda y la Alemania. Disminuido su escaso patrimonio, volvió á tomár los pinceles y mas de una vez halló en las inspiraciones del arte, alivio á su pesar y un medio de continuar sus viajes. Quiso terminarlos visitando detenidamente la Italia, que tantas glorias revela con el mudo lenguaje de sus ruinas, con la elocuencia de sus sepulcros, con la vista de tantos suntuosos monumentos, que á despecho del tiempo y de la segur de los bárbaros, han llegado hasta nosotros. Mendoza se hallaba en Nápoles. Había ido una tarde á contemplar el Vesubio que presentaba un espectáculo sorprendente. A la caída de la tarde el volcan coronado de un turbante de espeso y negro humo, dejaba correr sobre sus espaldas un río de fuego, color de sangre, en frente del sol, Vesubio eterno que como contraste bajaba á extinguir sus fuegos en el mar para ir á esparcir sus luces á la costa de occidente. La luna dulce y tranquila se alzaba en medio de las nubes, como una conciliadora entre los dos gigantes de fuego, destructor el

uno, fecundo y creador el otro. Era ya de noche cuando Mendoza con un hombre que le acompañaba, soltando la brida á su caballo, le dejaba marchar á su voluntad por la orilla del mar, contemplando el sombrío espectáculo que la naturaleza le presentaba en aquellos campos vestidos de una vejetacion hermosa y lozana. Era muy tarde, y poco frecuentado el camino.

—Ya tal vez se habrán cerrado las puertas de Nápoles, tal vez tendremos que quedarnos en alguna de las casas de las afueras, dijo Mendoza á su compañero.

—Culpa vuestra es, señor mio, creí que no ibais á acabar en toda la noche de tomar notas, y pintar en vuestra cartera. Un árbol, un arroyuelo, todo os detiene, y es preciso calcular el tiempo, en vano os he dado prisa... nada... ni me escuchabais. Dios quiera no nos cueste cara vuestra escésiva curiosidad.

—Amigo, yo viajo para ver, para conocer las cosas. ¿Tendrías miedo?

—En buena tierra estamos: nunca faltan robos y asesinatos por mas que la justicia anda lista.

—El único miedo que yo tengo, es, el de tener que dormir á la luna, pero mira qué hermosa, que diáfana se ostenta en la bóveda de los cielos; es una vista bellísima, eminentemente romántica.

—Yo prefiero un techo cualquiera y una mala cama á esta posicion romántica. Naturalmente soy poco romántico, y particularmente de noche.

En esta conversacion estaban los dos caminantes, cuando de entre unos árboles vieron salir á un hombre embozado en una capa y con un bulto debajo del brazo.

—Alguien viene, dijo sobresaltado el compañero de Mendoza, que ya habrán conocido mis lectores que no era muy valiente.

—Sí, contestó Mendoza, es un hombre, y paró su caballo para observar.

El hombre embozado se dirigia al mar, cuando antes de llegar á su orilla se vió acometido por otros cuatro que salieron de entre unos peñascales que habia inmediatos.

El embozado saca su espada, se defiende contra los cuatro, que furiosos y en distintas direcciones le acometen, é indudablemente hubiera perecido sin el auxilio de Mendoza.

—Socorramos, dijo este á su compañero, á aquel infeliz que va á ser víctima de esos cobardes asesinos.

—¡Dios nos libre! respondió aquel, lleno de miedo, por la Madona de Posilipo no os metais en lo que no os importa; señor huuyamos, y se alejó á todo correr el italiano.

Mendoza era español; desenvaina la espada, mete espuelas á su caballo y en breve se coloca entre los combatientes. Los cuatro que acometieron al embozado intentan huir al ver este imprevisto socorro; pero el embozado que era hombre de valor los corta en su fuga, y uno despues de otro los deja tendidos en la arena. Los muertos eran ministros del justicia mayor de Nápoles.

El embozado se vuelve despues á Mendoza.

—Jóven generoso, le dice, has salvado mi vida, yo velaré de hoy mas sobre la tuya. Cúbrete con esta capa, toma este bolsillo lleno de oro, sal inmediatamente de Italia; una hora mas en el territorio de Nápoles compromete tu existencia. Vuelve inmediatamente á tu patria; peligros sin cuento te aguardan en el camino, pero embozado en esta capa, todos los vencerás. Mi reconocimiento, mi gratitud te acompañará. Dentro de cinco años te aguardo en Roma, en la plaza del Vaticano... No faltes á la cita. Adios, va á amanecer muy pronto. Dentro de dos horas todos los esbirros de Nápoles estarán en tu busca y habrán pregonado tu cabeza.

Dió un fuerte silvido y una barca conducida por dos remeros llegó á la orilla, saltó ligero en ella y á fuerza de remo se alejó de la playa, diciendo á lo lejos estas palabras que casi se perdian con el ruido de las olas en medio del silencio de la noche.

Dentro de cinco años... en la plaza del Vaticano.

Mendoza apenas vuelto en sí de la sorpresa, solo, en medio de cuatro ensangrentados cadáveres, con un bolsillo lleno de oro, tembló aparecer como un infame ladron... como un vil asesino: se embozó en la capa que habia recibido del hombre á quien habia librado la vida y cuyo nombre ignoraba. La brisa del mar, el aire de la mañana, el movimiento de terror que le habia ocasionado tan imprevisto y extraordinario suceso, le hicieron sentir un frio intenso; un frio como el que precede á la entrada de la fiebre. Se abrigó con la capa que era de unos colores particulares. El paño era encarnado, los embozos de terciopelo celeste. Se alejó de Nápoles á donde un momento antes se dirigia; y el dia le sorprendió en el camino, pálido, triste, devorado de siniestros pensamientos y resonando aun en sus oidos las ininteligibles palabras del desconocido: Dentro de cinco años... en Roma... en la plaza del Vaticano. Recorrió veloz y fugitivo aquellos mismos países que meses antes le habian detenido como artista; y lejos de ver en ellos las bellezas de la naturaleza y del genio del

hombre, solo miraba en cada edificio una cárcel sombría, en cada habitante un perseguidor. El sonido de las campanas que llamaban á los fieles á la oracion, era para su oido la lúgubre señal de la agonía del reo que espira en el patíbulo.

Mendoza atravesó por medio de algunas pequeñas poblaciones, y á su vista, los habitantes aterrados cerraban las puertas de sus casas, huian y le dejaban el paso libre. Mendoza aprovecha el terror que inspira, muda de caballos, se provee de víveres en varias partes y en breve se vé lejos muy lejos de Nápoles.

A los dos dias, cansado, rendido de fatiga se interna en el bosque para dormir un momento. Embozado en su capa se tendió en el suelo; y apenas empezaba á disfrutar la dulzura del sueño, cuando dos hombres mal carados, de alta estatura, armados de pies á cabeza, salieron de la espesura y le despertaron.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Se concluirá.)

## LAS DOS FUENTES.

En un vergel primoroso,  
Dos claras fuentes brotaban,  
Y ambas á dos escuchaban  
Su murmurio caprichoso,  
Y amores mil se cantaban.

Sus aguas fueron creciendo,  
Mansas corrientes crearon,  
Una al otra se buscaron,  
Y al fin sus aguas uniendo  
Un solo arroyo formaron.

Así tambien nuestras vidas  
Diverso curso siguieron  
Cuando á este mundo vinieron,  
Mas por amor impelidas  
En una se confundieron.

MANUEL MILLÁS.

## LA MUJER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

XVII.

## LA PASIONARIA.

En el otoño de 1856, durante mi permanencia en Roma, contraí amistad con el baron de Bergami. Era este un anciano septuagenario, de amabilísimo trato, amante de las letras y de las bellas artes, por las que habia gastado una cuantiosa fortuna para reunir en su palacio lo mas selecto que en materia de pinturas y esculturas salia á la venta en los mercados públicos.

El baron, amable en extremo con todos, y particularmente con los que rendian culto á su pasion favorita, se empeñó en ser mi *ciceroni* en todas las escursiones que yo hacia.

Un dia que visitábamos el *Ghetto*, que es el barrio ó cuartel donde residen los israelitas, me dijo el baron:

—*Caro mio*, voy á presentaros á una de las personas mas ilustres de la religion Moisaica. El gran Rabino Benjamin es todo un personaje, no solo por su cargo y por la gran fortuna que posee, sino que tambien porque pretende descender por línea recta de los célebres Macabeos, y tengo para mí que no es otra cosa que una vana presuncion suya. En fin, vos mismo vais á juzgar.

Acabábamos de llegar enfrente de una casa de aspecto señorial con honores de palacio. Entramos en ella é introducidos por un criado en una habitacion baja, no alhajada con gran lujo; esperamos á que el descendiente de los Macabeos saliera. Un cuarto de hora llevamos de espera, cuando se abrió una puertecilla casi encubierta por los tapices que adornaban las paredes, y una preciosa jóven entró en el aposento.

Era Rebeca, la única hija de Benjamin, que sabiendo quién era el visitante, salia á darle conversacion ínterin esperaba á su padre.

Cuando me vió á mí quedó algo sorprendida, aunque el baron, saludándola y hablándole como antiguo conocido, me presentó á ella con todas las formalidades de la mas cumplida cortesania.

Llenado este requisito, á los pocos minutos conversaba yo con Rebeca con la misma

franqueza casi que el baron, que segun dijo la habia conocido en la cuna.

—Teneis un hermoso jardin, dije á la bella israelita, pues desde el sitio donde estaba sentado se veian á traves de una persiana mal cerrada los arbustos y plantas.

—¿Quereis verle? dijo ella muy amable.

—Con mucho gusto.

—Pues venid.

Y se levantó, abrió una puerta, y salimos á un jardin que ocupaba triple terreno que la casa.

Le paseamos en todas direcciones, y en verdad que valia la pena, pues se encontraban reunidas en él las flores mas raras y mas caprichosas de la tierra, de las que solo en un botánico se acostumbra á formar colecciones. Una mano sin duda muy inteligente, habia dirigido aquel trabajo im-probo de calificacion y ordenacion.

—Sereis vos por ventura la que dirijís los trabajos de este ameno vergel, pregunté á Rebeca.

—No señor, es un jardinero; yo solo me cuido de la pobre desterrada, porque es un deber de la sangre.

—Y ¿qué flor es esa?

—¿No la conoceis?

—No.

—Pues venid y os la mostraré.

Y nos condujo hácia un invernáculo. En él habitaba toda una numerosa familia. La de las *Pasifloras*, cuyo primer género es la *Granadilla* ó Pasionaria.

—¿Y, esta es la que llamais desterrada? pregunté señalándole la Pasionaria.

—Y lo es en efecto, contestó Rebeca, desterrada del seno de sus hermanos y convertida en flor por Jehová.

—No os comprendo.

—¿Ignorais acaso nuestra tradicion?

—Completamente, contestó el baron que hasta entonces habia permanecido callado.

Y al propio tiempo me tocó ligeramente con el codo.

—Pues tendré el gusto de contárosla.

—Os oiré con atencion.

—Habeis de saber que esta flor era antes, muchos siglos antes, una mujer muy célebre, muy ilustre de nuestro pueblo, la que dicen que acongojada con el suplicio, que los romanos, y no los judíos impusieron á Jesús, le pidió á este en sus últimos momentos la dejara un recuerdo perpétuo de su fin. Sabedores de ello los hombres de la ley y los levitas, la condenaron por apóstata á morir apedreada. Sacáronla, en efecto, al dia siguiente fuera de las puertas de Jerusalem, y se cumplió la sentencia. Sobre el

mismo terreno que se regó con su sangre, nació al poco tiempo una planta, esa planta produjo una flor, esa flor es esta, que como veis, tiene todos los emblemas de la pasión de Jesús.

Y cogió una Pasionaria y rompiéndola fué enseñándome todas sus partes que ella denominaba, los clavos, la corona, las llagas, el caliz, etc. etc.

—Uno de mis antepasados, continuó Rebeca, hombre de mucha ciencia, dejó consignado en sus escritos este acontecimiento y demostró que la Pasionaria era la muger apedreada que él llamaba desterrada, y que el que se encargara de cuidar de su existencia protegido por Jehová, disfrutaria toda su vida el supremo sacerdocio. Desde entonces de padres á hijos venimos desempeñando este trabajo que nada tiene de penoso, y puedo aseguraros que la tradicion se ha cumplido y que mis ascendientes todos han egercido el mismo cargo que hoy egerce mi padre.

Calló Rebeca; yo iba á desvanecer su supersticion refiriéndole cuanto sabia en el órden científico acerca de aquella flor, porque recordaba perfectamebte sus particularidades, pues no hacia muchos años habia estudiado la botánica, cuando vino á interrumpirnos el descendiente de los Macabeos.

El baron me presentó á él como lo habia hecho antes á su hija, y por la conversacion que tuvimos comprendí que el gran rabino Benjamin era persona de muy buen trato, de bastante ilustracion, pero solapado al fin y al cabo como buen judío.

Cuando nos retiramos me decia el baron:

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## DESVENTURAS.

A ISABEL.

El alba trae á la tierra mensajes del nuevo sol, y bello despierta el dia vertiendo su animacion.

Encanto respira el cielo, la tierra respira amor, y en triste llanto deshecho se agita mi corazon.

\* \* \*

En su diurna carrera  
esparce su luz el sol  
y el hombre estasiado admira  
las obras del Creador.

El mundo camina loco,  
siempre de la dicha en pos,  
y en un mar de desventuras  
navega mi corazon.

\* \* \*

La noche tiende su manto  
que de luceros bordó;  
las puertas de su palacio  
abre la luna al amor.

Y en tanto que los mortales  
elevan el alma á Dios,  
maltratado por la dicha  
se queja mi corazon.

\* \* \*

La pena y el desconsuelo  
me abruman con su dolor,  
y es eco de mis pesares  
lo triste de mi cancion.

¡Dichoso el que á la ventura  
las puertas nunca cerró!  
¡Feliz el que á la esperanza  
dá abrigo en su corazon!

MANUEL TORRES Y ORIVE.

## DON DINERO.

SONETO.

«Héme ante tí: de hinojos por el suelo,  
Beso tus plantas: es tu trono  
Firmísimo, robusto, y al encono  
Popular desafía sin recelo.

»Sin tí, es en vano que remonte el vuelo  
En el siglo actual décimonono  
La inspiracion ó el génio. Sé el patrono  
Tú de mi musa y subirá hasta el cielo.

»Yo cantaré tu deslumbrante brillo,  
Yo en tu honor, como suelen las abejas,  
Susurraré lisonja perdurable.»

Dijo así un rapsodista. Yo, al oillo,  
Tapé con ambas manos mis orejas  
Y grite avergonzado: «¡Miserable!!!».

HERMENEGILDO TORRES.